

—Sería inútil—repuso Neira—. Yo acabo de entrar, y a dos pasos de nosotros están formados los escuadrones de Mejía, que desean una oportunidad para ensayar sus lanzas.

En este instante el reloj de San Diego daba las siete y media de la tarde.

Un individuo penetró a la prisión saludando a todos, y con especialidad a Manuel, a quien estrechó afectuosamente la mano; y sacó de la bolsa, y desdobló con lentitud, un papel, que era la lista de los prisioneros.

Deseando hacer no sabemos qué rectificaciones, pidió un lápiz, que Manuel se apresuró a ofrecerle, y en seguida, tomando un acento en que afectaba esa muestra de cortesía y de autoridad, que es tan usual en los tribunales, fué preguntando a cada uno por su nombre.

A la respuesta «Yo soy», el hombre de la lista clavaba una mirada en el prisionero, y luego hacía con el lápiz una cruz al lado del nombre.

¡Aquella cruz era el sello de la muerte!

La lista debía ser entregada al jefe del punto y designaba a los ciudadanos que debían ser sacrificados sin dilación.

Los generales reaccionarios que, más tarde, para arrojar de sí el formidable peso de la reprobación universal, habían de echarse en cara uno a otro la responsabilidad del crimen, tenían convenido que la ejecución fuera inmediata, para evitar que el «juego de las recomendaciones», pudiera obligarlos a un acto de generosidad o de prudencia.

VIII

Expiraba la tarde.

Ligeras nubes tempestuosas que se elevaban sobre las lejanas cumbres del Poniente, extendían sus velos ocultando el esplendor del crepúsculo.

Algunos de los prisioneros ya acostumbrados y casi indiferentes a la inconstancia de la fortuna, pidieron una luz; alguien proporcionó las cartas, y en el suelo, sobre un sarape, comenzaban una partida en espera de la cena o del sueño.

Otros escribían a la madre o a la novia para tranquilizarlas, suponiendo, no sin razón, que les habían llegado alarmantes noticias.

Manuel, del brazo de Kiesen, paseaba a lo largo del aposento, y hablando en francés para no ser entendido de los centinelas, discurría sobre la vanidad de la reciente victoria, y los vastos planes de la revolución, que él consideraba como el simple prólogo de un drama, cuyo término se confundiría con el del siglo.

Lazcano, sentado negligentemente en una silla, parecía dormitar, mientras Jáuregui en pie y con los ojos fijos so-

bre la puerta, fumaba el último cigarro que le quedaba en el bolsillo.

En esto se dejó oír el sordo estrépito que produce un grupo de soldados en marcha, y apareció el jefe del punto, acompañado de dos oficiales.

Sacó un papel, se acercó a la luz y leyendo, pronunció estos nombres:

Marcial Lazcano, Genaro Villagrán, José María Arteaga, José Sánchez, Saborí Fische, Eugenio Kiesen, Miguel Neira..

A una señal del jefe, la escolta se abrió en dos filas para recibirlos y se alejó con ellos.

La puerta no volvió a cerrarse, quedó el jefe con su lista en la mano, y los dos oficiales con la espada desnuda.

Nadie dudaba que aquellos prisioneros serían transportados a la capital para someterlos a un Consejo de guerra.

Pero, a pocos instantes, y casi al pie del edificio, retumbó el eco de una vigorosa descarga.

Todos callaron para escuchar, y antes que transcurriera medio minuto, resonaron casi al mismo tiempo nuevas descargas seguidas de algunas detonaciones aisladas.

—¡Nos están fusilando!—gritó, incorporándose, un joven oficial, que a causa de sus numerosas heridas se había reclinado sobre un banco.

—Sería extraño—dijo el licenciado Jáuregui—, que estos miserables depusieran su acostumbrada ferocidad.

—No tienen la culpa—dijo Manuel—; la canalla devota les pide sangre, y están obligados a satisfacer todos los odios y a serenar todos los terrores.

El rencor de los clérigos y la piedad de unas cuantas mujeres, convierten en delirio homicida el regocijo de la victoria.

El jefe le lanzó una mirada irónica de compasión, y se sonrió ligeramente.

Una nueva escolta llegó a la puerta.

Apareció otro oficial, y la voz que había pronunciado los primeros nombres, volvió a hablar:

—Agustín Jáuregui, Santiago Ortega, José María Sánchez, Antonio Contreras, Alberto Abad, Quintín Duval, MANUEL MATEOS...

—¡Presente!—dijo Manuel, con voz de trueno.

—¿Es usted hermano del escritor Juan A. Mateos?

—Sí; es mi hermano.

—¿Y del coronel Miguel Mateos, que está con los latro-facciosos?

—Sí; es mi hermano.

—¿Y del licenciado José P. Mateos, que acaba de escapar de Tepic, del poder del general Lozada?

—Sí; es mi hermano.

—Buena familia—dijo con ironía el oficial.

— Mi padre—dijo Manuel—peleó por la Independencia; hemos heredado su sangre.

— ¡Basta!—gritó el oficial—Pasen a las filas.

— ¡Adelante!—exclamó Manuel, y siguió resuelto.

Un joven, o digamos mejor, un niño, el poeta «Juan Díaz Covarrubias», practicante de Medicina, levantó, para ver a Manuel, sus negros ojos dilatados por el espanto, diciéndole con tono doliente:

— ¿Tú también, hermano mío?... ¿Será posible? ¡No, Manuel, Manuel! Yo estoy soñando aún.

— Espera...—dijo Manuel, haciendo un signo de silencio, sin apartar la vista del hombre que nombraba a los prisioneros. El hombre continuó:

— Gabriel Rivera, Ildefonso Portugal, Juan Díaz Covarrubias...

El joven, al escuchar su nombre, tendió los brazos para buscar un punto de apoyo y encontró la vigorosa mano de Manuel, que se adelantó a sostenerlo.

— ¡Morir!...—exclamó, sofocando un sollozo.

Manuel, que hasta entonces había permanecido sereno, palideció visiblemente, agitado por la indignación y el dolor.

Aquel jovencito que, cubierto de sudor frío, le estrechaba la mano, comunicándole los estremecimientos de la angustia, conturbaba su espíritu al aproximarse el instante supremo. Pero logrando sobreponerse a la emoción para tender una mirada más allá del pequeño espacio que lo separaba de la tumba:

— No hay ya remedio—dijo al joven—. Mañana comenzará una nueva vida para nosotros: aquella a que hemos aspirado siempre, la de la gloria.

El pueblo que amamos, sólo se fortalece con el ejemplo, y es preciso alentarlos, mostrando la grandeza de alma con que nos animaron a nosotros los grandes hombres que nos precedieron en la lucha. Oculta tus lágrimas de niño; la muerte es una ilusión; ten valor. Cuidemos solamente de conservar la dignidad del pueblo a que pertenecemos.

Se pusieron en marcha con el resto de sus compañeros.

Sólo la anchura de la calle los separaba del lugar de la ejecución.

Enfrente del Arzobispado, sobre una loma cubierta de silvestre verdura, y viendo hacia el Oriente, se eleva un ancho muro que forma uno de los costados de la fábrica llamada «Molino de Valdés», que todos conocen.

El espectáculo que se presentó a la vista de los prisioneros, al llegar a este sitio, debió producir en los más jóvenes, el horror que hiela hasta los huesos, o la momentánea enajenación que invita a arrojarse para morir en el lugar mismo donde caen y expiran las víctimas.

A lo largo de la pared ya señalada por las balas y man-

chada con horrorosas salpicaduras, aparecía una larga fila de cadáveres.

Algunos, reclinados sobre la yerba, tenían la postura que se acomoda al ataúd, y el doctor Sánchez sentado en el suelo y con las espaldas contra el muro, tenía inclinada la cabeza dejando ver por debajo de los cabellos una nariz lívida; algunos como fulminados por el golpe de una hacha, habían caído de rodillas escondiendo la frente en un charco rojizo, todavía espumoso y humeante.

Enfrente de ellos, a pocos pasos de distancia, se mantenían inmóviles algunos pelotones de tropa descansando las armas, mientras otros, más allá del lugar por donde llegaba la segunda remesa, disparaban sobre una fila de ciudadanos desconocidos.

IX

Se acercaba la noche, y las descargas comenzaron a arrojar sobre la pared y sobre los semblantes una luz de relámpago.

Los jóvenes avanzaron al lugar que les designaba el comandante del pelotón y se situaron en los pequeños espacios que dejaban entre sí los cuerpos que había esparcidos a sus pies.

Desde allí, presentando el rostro hacia el Oriente, iluminado tibiamente por el último y vago resplandor de la tarde, pudieron abarcar con la mirada el vasto paisaje de arboledas flotantes, la argentada línea de los lagos, las altas sierras, los astros que ascendían ya sobre los pinares del monte, la espléndida naturaleza que les inspiró sus primeros ensueños y les dictó sus primeros cantos.

Sin duda, en el fondo de aquel lienzo aparecía una mancha donde se bosquejaba la imagen del dolor, el hogar desolado, los hijos, una madre, la sorpresa mortal, los gritos convulsivos y desgarrantes.

Esto y la inocencia, explican el aspecto meditabundo y el abatimiento que se observó un instante en el mayor número de los prisioneros.

Manuel se irguió, clavando la vista sobre los soldados y sobre el pequeño grupo de espectadores que había tras ellos, y dijo con voz firme y armoniosa:

— ¡Soldados! ¡Muero por la libertad, maldiciendo esa tiranía que os encadena y subyuga!

— ¡Silencio!—gritó el oficial.

— ¡Os arrepentiréis de este asesinato—continuó Manuel—; pero que mi sangre no caiga sobre los verdugos!

— ¡Silencio!—volvió a gritar el oficial, temiendo una sublevación.

Mientras hablaba así, una cabeza cubierta de negros bucles, vino, casi desallecida, a reclinarse sobre su pecho, y

dos brazos delgados lo abarcaron por la cintura.

Era el niño Díaz Covarrubias que, viendo como se enderezaban los fusiles, buscaba, en aquella alta sombra, no un refugio, sino el consuelo de compartir la emoción de la agonía y de la muerte, con el que había compartido sus ilusiones de amor y de gloria.

Manuel quiso apartarlo suavemente como para defenderlo del peligro, cuando resonaron casi a un tiempo dos descargas.

El velo de humo se rasgó en dos mitades y oyóse el golpe de los cuerpos que se desplomaron.

Pero ninguno de los dos había recibido heridas inmediatamente mortales.

Manuel levantó la cabeza murmurando algunas palabras.

Covarrubias quiso ponerse en pie y resbaló en un charco de sangre.

Fué necesario cargar de nuevo, y disparar a quema ropa.

Al fin, los soldados movidos por una compasión bárbara, se acercaron a Juan Díaz Covarrubias, que imploraba la muerte, y lo remataron con la culata de los fusiles.

— ¡Compañeros!—decía Márquez en la proclama que dirigió esa misma noche a sus soldados—Habéis castigado ejemplarmente a los infames invasores de la capital de la República, y os habéis cubierto de gloria imperecedera.

Las ejecuciones se prolongaron hasta las siete y media de la noche.

Los últimos fueron asesinados a tientas.

Muchos lograron escapar ocultándose entre los muertos y deslizándose por el matorral, hasta las hondonadas que circundan las lomas.

X

La vela encendida por los prisioneros quedó ardiendo como un cirio en un ángulo de la pieza desierta.

Un sargento entró recogiendo algunos cigarros que había esparcidos por el suelo, y apagó aquella llama que debía sobrevivir a los que, pocos momentos antes, reían y conversaban en torno de ella.

Al estrépito de las descargas sucedió un silencio que semejaba el de las altas horas de la noche.

Las tropas se habían retirado a sus cuarteles.

Los cadáveres, despojados por las mujeres que ejercen el pillaje sobre los campos de batalla, quedaron abandonados y desnudos sobre la yerba.

Una nube de abril que pasó lentamente, deshaciéndose en menuda lluvia sobre los campos, había suspendido grandes hilos de pedrería en las corolas y el ramaje, y lágrimas y gotas de sudor frío en los rostros desfigurados por la muerte.

Las estrellas que iban ascendiendo sobre las matas de la

loma, parecían detenerse ante aquel cuadro, donde el hombre ponía el horror, y la naturaleza la dulzura.

En este instante, los jefes victoriosos recibían por anticipación las calurosas felicitaciones de los principales funcionarios; se preparaba ya la cena; llegaban sonrientes los delegados de altas dignidades del clero y las señoras de la aristocracia tejían las coronas de laurel y ataban los ramos que al día siguiente, Márquez, el soldado de Dios, debía hollar con su corcel de batalla.

Cuando lució el día y tomaron cuerpo los rumores que en la tarde misma de la ejecución se difundían vagamente hasta la capital, «Ignacio Altamirano», presa de la mayor agitación, se dirigió violentamente al lugar del suceso.

En el camino se le relataron todos los pormenores, que él escuchaba con creciente estupor.

Las personas que le acompañaban, cuentan que al descubrir y reconocer a sus amigos que habían sido arrojados a la fosa común, con los muertos en el combate, fué acometido de un acceso de dolor y de rabia.

— ¡No haya misericordia!—exclamó fuera de sí—Perezca hasta la cuarta generación de esta raza de forajidos. Tú, Manuel; tú, guerrero amigo mío, has muerto, pidiendo que tu sangre no caiga sobre la cabeza de los asesinos. ¡No!... esto sería imposible!... La nación puede oponer su veto a la autoridad de que te revisten el cadalso y la gloria. Un día caerán en nuestras manos; se acerca ese día... ¡Ay! ¡Quieren sangre; comerán sangre!...

Altamirano se equivocaba.

El acto de barbarie con que el partido clerical deshonraba la guerra, dió poderoso impulso a la revolución, pero ésta en la embriaguez del triunfo, quiso olvidar, y candorosa como el pueblo, hizo gala de «generosidad y de clemencia».

XI

Pero el «11 de abril» no ha quedado completamente impune.

Una desconocida ley formidable, vaga todavía, pero sensible en el orden de las casualidades pavorosas, ha hecho que la mayor parte de los cómplices de aquel crimen hayan perecido de mala muerte.

En cuanto a los autores, uno de ellos ajusticiado como enemigo de su patria, ya al subir al patíbulo, murmuraba al oído de su defensor vagas protestas de inocencia, invocando el nombre de «Dios, ante el cual estaba próximo a comparecer».

La imagen de la eternidad se levantaba ante sus ojos ya turbados por la visión de sus víctimas, y este terror, el único que afecta a los criminales, fué tomado entonces por un signo de verdad, o al menos de profundo y saludable arrepentimiento.

¡Miramón era el asesino jovial; el asesino tétrico, Márquez, vive todavía!

El pueblo que él desprecia, a quien ha tratado a punta-piés en la época de los franceses, no reconoce ya en ese hombre a uno de los autores de su miseria.

Ese patriarca de «una raza de forajidos», vive en medio de las comodidades; no le importa la carestía del pan ni la baja de los salarios; visita y lo visitan, y diariamente es cortejado por los fantasmas de la reacción, por los obispos y por las damas consagradas a Dios, que aun llevan en sus guantes los perfumes de la Regencia.

XII

Para muchos, existe más allá de las sublimes alturas, una inexorable justicia que conserva a Márquez para castigarlo con el oprobio.

Nosotros no acertamos a comprender que exista sobre la región de los astros, alguien que se ocupe en castigar a ese miserable.

Ese hombre vive, porque muchas veces, los instrumentos del rencor son durables como el rencor mismo.

En un desastre, cuando los hombres y hasta los insectos parecen sofocados bajo las ruinas de un edificio, se ve siempre, al disiparse las columnas de polvo, como se desliza por entre los escombros, medio deslumbrada y vacilante, pero incólume, alguna sabandija siniestra.

XIII

Al amanecer del siguiente día, los cadáveres permanecían sobre el campo; el tigre de Tacubaya no permitió que los recogieran sus deudos.

La mañana era espléndida; la lluvia de la noche aparecía sobre la hierba como puñados de perlas y brillantes.

La brisa soplaba sobre la frente de los muertos.

El azul de la bóveda celeste formaba la cripta de los mártires.

El sepulcro era de luz, iluminado por la lámpara incandescente del sol.

El ramaje de aquellos prados con sus perfumes, las ofrendas sobre las tumbas.

¡Así se duerme el sueño de la gloria!

Apareció una anciana loca de dolor.

Tendió su mirada terrible sobre el campo de la muerte.

Revolvió las pupilas turbadas, casi fuera de las órbitas; sus labios temblaban y su seno sufría una agitación espantosa.

No pudo hablar y señaló con su brazo rígido el cuerpo de Manuel.

Entonces del fondo pavoroso de su alma lanzó un grito espantoso, siniestro, eco sobrehumano que se exhalaba del agitado seno de su angustia y de sus dolores: «¡Hijo mío!»

Dos mujeres que la acompañaban, la sostuvieron en sus brazos y la apartaron lentamente de aquel lugar de oprobio y de maldición.

Aquella anciana, pálida como el marfil y llena de angustia, con su velo negro cubriéndole la cabeza y parte del rostro, con los brazos caídos y trastabillando entre los pedruscos de aquellas lomas, parecía la Virgen de Paul de la Roche, en el magnífico cuadro de «La Vuelta del Calvario».

XIV

Luego que Pedro el fronterizo y «Juan Gallinazo», ya fuera de alcance, echaron de menos a Manuel, volvieron rápidamente sus caballos y retrocedieron al campo de batalla, tropezándose con los dispersos, y preguntándoles por su amigo.

—Mucho me temo—dijo Juan—que, habiendo quedado con la fuerza que cubría la retirada, lo hayan hecho prisionero.

—¡Maldición!—gritó el fronterizo.

Anochece; el campo estaba pavoroso; se oían a lo lejos algunos disparos y gritos que arrebatava el viento y desperdigaba los ecos.

Los amigos se fueron acercando con alguna precaución, pasando cerca de los dragones que perseguían a los derrotados, y haciéndose pasar por reaccionarios.

Llegaron a las lomas de Tacubaya.

Ataron a los caballos.

Oyeron tropel de soldados y voces.

Entonces, arrastrándose en el escabroso suelo, llegaron al muro del Molino de Belén.

Vieron un grupo de hombres entre las filas, pero nada distinguían con la oscuridad.

Se oyó una voz de mando, a la que sucedió una descarga.

A la luz de aquel fuego de la muerte, lo primero que vieron fué al coronel Altúnez, con una faz de regocijo infernal, con un visaje espantoso y terrible.

Vieron caer muertos a los prisioneros.

Sudaba su frente y tenían los dos amigos, testigos de aquel drama, las uñas clavadas en el suelo y apenas respiraban.

Se paró otro grupo de sombras, volvió a oírse la voz de mando, y al siniestro relampagueo de las armas, vieron con horror espantosísimo la figura de Manuel, destacarse en aquel manto de luz, vacilar y caer entre un torrente de sangre.

Se oyó la carcajada de Altúnez, de ese monstruo del asesinato y del aniquilamiento.

Después, pasos, y luego, el silencio de la muerte.

Los dos amigos, con las pupilas casi fuera de las órbitas, trastabillando de espanto y de dolor, se acercaron al cadáver de Manuel.

«Juan Gallinazo» levantó aquella cabeza tibia todavía, la besó cien veces y sollozó como una mujer.

— ¡Te vengaremos!—gritó con rencor el fronterizo, y se arrojó a su vez sobre el cadáver y le estrechó la frente sobre su pecho.

— ¡Venganza!—gritó «Juan Gallinazo».

— ¡Sí, venganza!—rugió el fronterizo.

Y como dos sombras, como dos espectros, se perdieron entre los pliegues de aquella horrible tiniebla.

CAPITULO XIX

EL GENIO

I

El señor Juárez, desde su altura suprema, y entre los fuegos de la tempestad revolucionaria, arrojó, como un haz de luz, sobre el mundo de aquella segunda revolución, las «Leyes de Reforma», luminosas irradiaciones del cerebro poderoso de aquel movimiento.

Desde el palacio de Veracruz, como quien vuelve a la inmensidad del Océano y habla con las tempestades y los ciclones, delante del sol y las estrellas, resonó su palabra augusta como la trompeta del Arcángel, que los dogmas predicen para el Juicio Final.

Despertó a las generaciones muertas, y sorprendió a las vivientes; revolvió el mundo antiguo, desde sus cimientos; rompió la turbia corriente de cuatro siglos, y la arrojó en los cauces peñascosos de la historia.

Se estremecieron el templo y el altar; callaron los salmos; se rompieron las rejas del monasterio; entró un rayo de sol al claustro pavoroso; quebrantó los grillos del pensamiento; rompió las cadenas oprobiosas de las generaciones, y lanzó a la región incógnita del infinito a la conciencia humana.

¡Qué pequeños los adversarios del pensamiento! ¡Qué reacción tan infeliz delante de tanta grandeza!

¡Revolución que se arrastraba por los campos como una serpiente! ¡Inútiles fuerzas que se quebrantaban sobre el granito del monumento, y a los pies de aquel coloso!

¡La última podredumbre de los siglos, dando sus últimos miasmas en los altares del pasado!

Crueldad, tiranía, fanatismo, miseria, despojos miserables de una época, asquerosos harapos llenos de lágrimas y de sangre, flotando como una irrisión a los vientos arrasantes de la historia... ¡Todo lo que se va y zozobra en el negro oleaje de la desaparición, y se esfuma entre la nada!

II

Pero estamos en las últimas convulsiones del monstruo. No es posible seguir a los sucesos: nos envuelven entre sus borrascas.

La revolución, crujiendo, como una tormenta polar, sangre, lucha y desesperación.

Revueltas, encuentros, emboscadas, combates, asaltos y batallas. Toda esa agonía convulsiva de lo que muere sin esperanza.

Un sudario de muerte envolviendo a la nación entera.

Peró todas esas olas encrespadas, desbravándose en las majestuosas playas de la revolución reformista.

Aparece un sol en el levante de la guerra, un genio, que sea cual fuere su catástrofe final, se alza gigante sobre el pedestal de su época.

Domina la batalla, y conduce por su mano a la victoria.

González Ortega: ese héroe de la leyenda mexicana, parado como Moisés, en la abrupta cima de la Bufo, lanzando su palabra de gigante que bajaba del cielo a las profundidades de la tierra, que brotaban combatientes y batalladores.

¡Ese hombre, que llevaba sobre su frente los relámpagos del 93 y en su voz los ritmos de la Marsellesa y que tenía a su lado a Escobedo, que en el trayecto de una década capturaría a un emperador y pasearía su nombre por la historia, y a Zaragoza que ametrallaría la bandera que realizando la profecía de Lafayette, le ha dado la vuelta al universo!

Bajaría como un torrente de victoria inundando los campos de la patria; poniendo a sus sienes los laureles de la Reforma y legando su nombre a las generaciones, en el gran «desideratum» de la historia.

¡Sacudiría su glorioso nombre bajo el azulado cielo de la soberbia tierra mexicana!

¡Se impondría sobre los anatemas de la Iglesia católica, y pasaría el Mar Rojo de las maldiciones canónicas, para depositar sus laureles en las manos del Benemérito de América, que los pondría en los altares de la patria!

CAPITULO XX

CLERIGOS Y CONSERVADORES

I

Ya no eran las reuniones tumultuosas de los primeros días. Los clérigos y los conservadores se agrupaban como en una hora de duelo.

Las leyes de Reforma, que no se esperaban sino después